

Las publicaciones por el Cincuentenario del Instituto Otavaleño de Antropología

García Moreno, el refundador de Imbabura (1ª parte)

Hernán Rodríguez Castelo

13

Plutarco Cisneros A.
Y SU BIBLIOTECA
CINCUENTENARIO IOA

El territorio del actual Ecuador registra, históricamente, una continua cadena de eventos sísmicos que la afectaron. Los más graves, que alcanzaron la intensidad de 10 MSK, fueron los de Riobamba en 1797, Imbabura en 1868 y Pelileo en 1949.

En tiempos en que el país vive una catástrofe sísmica motivada en la misma causa de la de 1868, el choque de las placas Nazca y Sudamericana, -en Imbabura agravadas por las fallas geológicas Mira-Ambi-Otavalo-, había que

Revivir esa hora de tragedia y desesperanza, pero también de denodados empeños por superar desalientos y reasumir el espíritu emprendedor e invencible del imbabureño.

Y había que hacerlo ahora que, al cumplirse 148 años de esa debacle, Imbabura, por esa carencia de lectura, ha olvidado ese hecho heroico que significó, como ave fénix, resucitar de la casi nada. Había que recontar la lucha de esos pueblos y de esa gente, la gran mayoría anónima, y había que recordar a quien los lideró para refundarla: Gabriel García Moreno.

A recuperar esa memoria dedicó sus esfuerzos Hernán Rodríguez Castelo, quien definió la intencionalidad de su obra:

Este libro narra los tres meses más dramáticos de la vida de Imbabura, desde los días en que una catástrofe natural redujo a escombros sus ciudades, sepultando entre las ruinas a veinte mil o más habitantes de Ibarra, Otavalo, Atuntaqui, Cotacachi, San Pablo y otras poblaciones y anejos y caseríos, hasta la hora en que comenzó a renacer de esas ruinas y se puso en camino a un futuro aún mejor de lo que quedaba atrás.

Lo sucedido en Imbabura en agosto de 1868 (que entonces comprendía a la actual provincia del Carchi) se tornó la tragedia más grave de toda su historia. Durante largos años se habló solo del terremoto del 16 de agosto y no se hizo referencia al anterior que se produjo horas antes.

El 15 de agosto, fiesta de la Asunción de María, ocurrió el terremoto de Tulcán, al norte de la provincia de Imbabura. En el mismo Tulcán se vino abajo el techo y se cuartearon los muros de las iglesias, con tres temblores que se sucedieron rápidamente; en Huaca se deslomaron algunas casas; en Tusa muchas casas y la iglesia; en el Ángel no quedó en pie casi nada, se contaron 32 muertos solo en las calles, y por entonces no se pudo señalar la gran cantidad de muertos con el impacto del golpe o por haber quedado enterrados vivos.

Poco más tarde, en la primera hora del día 16 se produjo un violento terremoto, que sacudió y destruyó Ibarra, Otavalo, Cotacachi, San Pablo y demás poblaciones vecinas.

LA TRAGEDIA EN IBARRA

Leamos un fragmento de la estremecedora descripción de J. Kolberg:

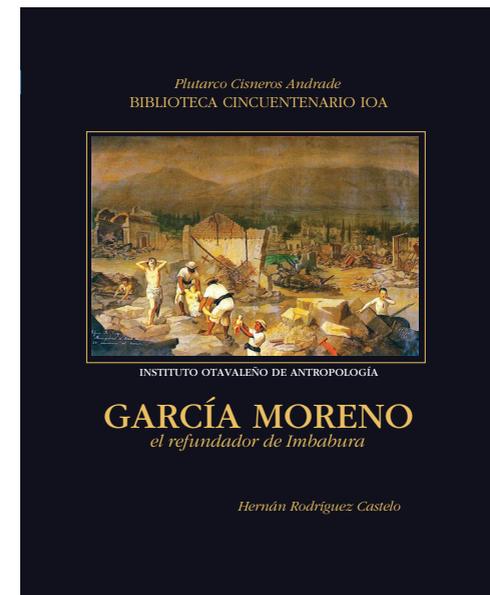
Fue un instante, y se acabó Ibarra: dos furiosos sacudones se sucedieron en pocos segundos. Todos los testigos se sintieron lanzados arriba casi un metro y les pareció que la tierra abriera su ancho regazo convulsionada con espasmódicas ondulaciones, para enterrarse a una con la ciudad viviente. Un grito desgarrador traspasó el salvaje estruendo y se elevó desesperado sobre la

arremolinada nube de polvo. ¡Misericordia! ¡Misericordia! El grito ya no valió para este mundo: en un momento fueron miles al tribunal del Juez que, ellos impreparados como estaban, decidió para la eternidad.

La inmensa cantidad de muertos y de heridos, el hambre y las enfermedades que amenazaban completar la enorme mortandad y la demoralización general en que parecía derivar la descomunal catástrofe dibujaban un panorama abrumador. Entonces fue llamado por el Ministro de Gobierno para encomendarle la nueva misión: Imbabura estaba destrozada por tremendo cataclismo telúrico; falta de todo, en especial de alimentos y atención hospitalaria, y amenazada por toda suerte de desórdenes que podían degenerar en caos que agravase tragedia de por sí tan enorme. Imbabura y el país confiaban en él.

Destruídos completamente los templos y todos los edificios de la antigua ciudad de San Miguel de Ibarra, capital de la hermosa provincia de Imbabura, con ocasión del terremoto acaecido en la mañana del día 16 del mes de agosto próximo pasado, y cuyo resultado funesto fue sepultar en las ruinas a la mayor parte de los habitantes, quedaron sólo sus vastos escombros los que manifiestan cuán bella fue la ciudad assolada. (Manifiesto de las autoridades al gobierno nacional)

Los aterrados sobrevivientes de Ibarra habían subido a Caranqui. El pueblito o barrio situado a cosa de cuatro kilómetros del centro de Ibarra (dista de Ibarra una hora, escribió Kolberg), hacia el sur, había sufrido menos con el terremoto, y hacia allá se han movido los aún aterrados habitantes de la capital provincial.

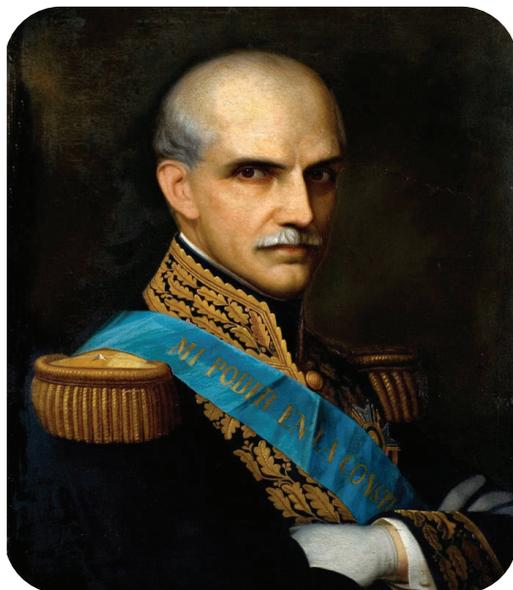


Allí ha hallado el Jefe Civil y Militar el centro natural de sus primeras tareas.

García Moreno compra en siete mil pesos el llano de Monjas a las religiosas de la Concepción, y encarga al coronel Francisco Javier Salazar el trazo de esa ciudad provisional. El 30 de agosto informaba al Ministro del Interior:

Mañana acabará de organizarse la parroquia provisional que he dispuesto se establezca en el llano de Monjas, con el nombre de Santa María de la Esperanza, puesto que la de todo verdadero católico ha de fundarse, después de Dios, en su augusta madre.

Cuatro años más tarde, en abril, habría de producirse el retorno final a la nueva Ibarra.



GARCÍA MORENO: EL HOMBRE

Hernán Rodríguez Castelo

No soy inmune a la grandeza de los hombres de la patria. Instalado en su presente, como historiador y crítico literario, enjuicio severamente su escritura -que me abre resquicios a su pensamiento, a su sensibilidad, a sus pasiones, a sus obras y tareas: es decir, a su proyecto de vida-. Y, cuando de tan austero, casi avaro escrutinio, quedo ante grandeza, me complace rendirme ante ella.

Y ante García Moreno, tras el recorrido hecho por cuanto escribió, cuanto pensó y quiso, proyectó e hizo, recorrido que ha hurgado hasta en lo más turbio, duro y cruel, se me impone -repito: ya como simple lector de esa historia- reconocer grandeza.

¡Cuánta grandeza en esta existencia!

Información sobre libros:
tballesteros@uotavalo.edu.ec